

zonamientos y sobre el cual el error es reconocido.

El señor Tardieu.—Si os quereis referir á que se reconocieron mas tarde las señales de este pretendido golpe, que se encontraron sobre una parte mas cercana al cuello, ese reconocimiento es un argumento en favor de mi opinion, de que no ha podido haber conmocion cerebral.

P.—Las ligeras señales que existen os hacen negar que se dió un golpe, y, sin embargo, sábios médicos, y tan honrados como vos, dicen que un golpe violento puede producir una conmocion y no dejar señal alguna.

R.—Es posible que sea así.

P.—¿No puede, pues, negarse la existencia de un golpe porque no queden señales?

R.—No puedo hacer una concesion tan absoluta. Sin ser tan afirmativo como los otros médicos, diré que si ha habido un golpe, sus señales están tan poco caracterizadas que nadie puede afirmar que no provengan de un pedazo de carbon ó de un golpe dado con las uñas. Si ese golpe hubiese sido tan violento, que hubiese podido producir una conmocion, los desórdenes que hubiese ocasionado como consecuencia habrían sido mucho mayores.

El señor primer Presidente cita todos los síntomas señalados por los médicos oídos antes que el testigo, y que los presentan como característicos de la conmoción.

El señor Tardieu contesta que el primer médico que vió á Roux lo vió cuando la estrangulacion habia ya tenido lugar. La conmocion, si habia existido, debió haberse producido inmediatamente despues del golpe y antes de la estrangulacion. Pues bien: Roux, declarando que habia percibido ruidos alrededor de él, prueba que no sufría una conmocion: la conmocion no existía. Se ha confundido todo; hay efectos comunes á la conmocion y á la asfixia; de aquí el error de los médicos.

El señor primer Presidente.—¿Pero y el mutismo?

R.—Es un carácter de la conmocion; es mas, es su generalidad. Desde el punto en que se declara haber reconocido en Roux la vuelta de la inteligencia, de la vista, hasta del movimiento, la facultad de la palabra debia de existir en él.

P.—Habeis supuesto, y es vuestro principal ar-

gumento, que si la estrangulacion tuvo lugar á las ocho de la mañana, no era posible que Roux pudiera estar mucho tiempo en aquel estado.

R.—Mil perdones, he dicho que la estrangulacion no pudo tener lugar mas allá de dos horas antes de ser descubierto Roux. ¿Pues á qué hora pretende la acusacion que tuvo lugar la aplicacion de las ligaduras?

P.—La estrangulacion pudo haber llegado tan pronto como decís, si la cuerda hubiese apretado fuertemente; pero si estaba tan solo enrollada, ¿no considerais que pudo haber pasado un tiempo mucho mas largo antes que se produjera?

R.—Eso es muy bueno en teoría y para dicho entre personas que no sean competentes en la materia. Yo no me ocupo sino del estado en que se encontraba Mauricio Roux; la asfixia era inminente, y esta situacion por fuerza debia ser corta, sin lo cual se hubiesen presentado fenómenos de los que nadie ha hablado, que yo he indicado, y que no existían.

El señor primer Presidente vuelve á llamar á los doctores Surdum, Dumas y Dupré.

El señor Dumas empieza á hacer, en presencia del señor Tardieu, la enumeracion de los fenómenos en los cuales se reconoce la conmocion. Cita muchos autores que participan de su opinion de que la conmocion produce generalmente una insensibilidad general, y puede suceder el caso de que esa insensibilidad sea solo parcial.

El señor Tardieu rebate en absoluto las opiniones del señor Dumas y el sentido que atribuye á los autores citados.

El señor Presidente pone fin á la discusion preguntando á cada uno de los médicos presentes si creen que hubo un golpe en la nuca y si hubo conmocion cerebral: los señores Dumas, Surdum, Alquié y René responden afirmativamente; el señor Dupré contesta que no.

El señor Presidente, dirigiéndose al señor Tardieu, fija que cuatro médicos que vieron á Mauricio Roux opinan en sentido afirmativo, mientras que el que está por la negacion absoluta, solo ha podido formar su opinion por medio de documentos escritos.

El señor Tardieu.—Y yo mantengo que ninguno de los señores médicos han visto á Mauricio Roux en el momento en que se dice existía la pretendida conmocion cerebral; es decir, no le vieron en el subterráneo, y por lo tanto están hablando sin haber visto al enfermo, como hablo yo, añadiendo que los síntomas observados mas tarde pertenecen á la asfixia y no á la conmocion. Si algo debo añadir es que despues de haber oido á mis respetables colegas, me confirmo mas y mas en la opinion que he manifestado.

El señor Julio Favre hace observar que de los cuatro médicos que hablan en sentido afirmativo hay tres que solo han visto al enfermo despues del suceso del 17 de Noviembre.

El señor primer Presidente.—Los señores jurados apreciarán.

El señor Julio Favre.—De positivo que ya han apreciado.

El señor Gabriel Tourdes, profesor de medicina legal en la facultad de medicina de Strasburgo, se adhiere por completo á las conclusiones del señor Tardieu. No ha encontrado elementos suficientes para apreciar la naturaleza y la fuerza del golpe que pudo darse. Una escoriacion en la nuca en la insercion del trapecio es la única reliquia de ese golpe, y como esa escoriacion puede ser debida á multitud de causas, entre ellas el frotamiento, si se supone es debida á un golpe dado en sentido oblicuo, es imposible apreciarlo con exactitud, tanto mas en cuanto en el caso del golpe oblicuo, pierde este su fuerza necesariamente por razon de su oblicuidad, y si es dado bajo, no dejará otras sendas que una sencilla escoriacion, y por lo tanto será menos capaz de producir una conmocion cerebral.

El testigo añade que el estado de discernimiento de Roux es una particularidad de tal naturaleza que aleja toda idea de conmocion cerebral; es cuando menos una heregía médica el atribuir ese fenómeno á un estado de conmocion cerebral.

Llegando á la estrangulacion, el señor doctor Fourdes deduce del modo que está hecha la ligadura, de la debilidad de las señales que hizo la cuerda y de la lentitud de los efectos que debieron producir, la consecuencia de que la estrangulacion no la hizo una mano extraña.

En cuanto al mutismo prolongado y absoluto del enfermo, que desaparece súbitamente en un momento dado, no se puede atribuir como efecto de la estrangulacion, y las circunstancias de que se le vé rodeado hacen que no sea dudosa la simulacion.

El señor Carlos Roughe, profesor de fisiología de la facultad de medicina de Montpellier, se adhiere por completo á las conclusiones del doctor Tardieu en lo que se refiere á los hechos que son mas especialmente del dominio de la fisiología.

Entra en seguida en algunos detalles relativos á los hechos que descansan en la declaracion de los testigos, especialmente en la declaracion de Mauricio Roux. Recordando las circunstancias en las cuales fué encontrado el 7 de Julio, y el estado descrito por él mientras permaneció en el subterráneo, no puede admitir los signos característicos de la conmocion. Por el contrario, todos los fenómenos observados demuestran que se encontraba en un estado de asfixia lindante con el último periodo, y el principio de ese estado no podia elevarse á mucho mas de una hora. Analizando despues todas las circunstancias del mutismo, el doctor no vé sino errores y contradicciones. Desde el primer momento del atentado, dice Mauricio Roux, que se encontró en la imposibilidad de pedir socorro; vuelto á la vida, no solo acusa un dolor en la laringe, sino que continúa sin poder gritar ni dar un gemido, y, sin embargo, en el período mas grave de la estrangulacion, esos gemidos fueron los que hicieron que se le descubriese, precisamente cuando estaba sin conocimiento; es evidente que con mucha mayor razon, al recobrar sus sentidos, sino obraba con un plan preconcebido, debia hablar, pues de las investigaciones que se hicieron y que constan en la causa, resulta que la laringe estaba intacta y la conmocion parcial de los nervios que presiden á la voz y á la palabra es absolutamente inadmisibile. Así se vé mas tarde cómo le vuelve súbitamente la palabra, no siendo tampoco la inteligencia lo que le falta, pues se le vé componiendo palabras con ayuda de un alfabeto. Sobre este punto, por el cual se le pregunta, el testigo declara terminantemente que está convencido que Mauricio Roux simuló la atonia y el mutismo.

El señor Jacquemet (Pedro Miguel), jefe de traba-

jos anatómicos y profesor agregado de la facultad de medicina de Montpellier.—Cuanto mas ha meditado sobre los detalles y el conjunto de este grave asunto, mas se ha asegurado en él la convicción de que las principales alegaciones de Mauricio Roux están radicalmente en contradicción con los resultados positivos del suceso, con los principios de la ciencia no menos que con la lógica y el buen sentido. 1.º No existe prueba alguna médico-legal de un golpe violento dado sobre la cabeza ó en la nuca de Mauricio Roux con la ayuda de un tronco ó un baston: faltan todas las señales de una contusion; la simple escoriación que existía en la nuca, no es un signo característico que por sí solo basta á determinar que medió un golpe contundente. 2.º Nada prueba que hubiese una conmoción cerebral. Los fenómenos que caracterizan ese estado mórbido están en contradicción con los que el acusador pretende haber experimentado. 3.º Por lo que hace referencia á la estrangulación, es inverosímil que se hubiera practicado por una mano extraña: la disposición de la cuerda y la ausencia de todo sério desórden en la region del cuello indican mas bien una simulación que un verdadero atentado. Es imposible de todo punto que aplicada desde por la mañana la atadura del cuello, no haya producido los primeros efectos de la sofocación hasta las ocho de la noche. La asfixia hubiera bastado para hacer morir al paciente en un lapso de tiempo mucho menor; si para explicar la inexplicable lentitud de esta estrangulación tan prolongada, se añaden los efectos producidos por una conmoción y un síncope, es preciso confesar que estas tres causas reunidas debían haber precipitado la muerte en vez de haberla dilatado de un modo que no se puede comprender. La insensibilidad de la piel á las quemaduras practicadas en ella es un carácter de la asfixia. 4.º No es verosímil que fuese un asesino quien hiciese la atadura de los miembros; el paciente se la pudo hacer. 5.º Mauricio Roux no ha presentado lesión alguna anatómica ó funcional que pueda explicar su afonía ó mutismo: privado de la voz laringea, aún tenía á su servicio *el hablar de los labios*, le quedaban siempre los medios fáciles de gemir, de reproducir los gemidos, los ronquidos estertóreos con los cuales pedia socorro en el subterráneo.

El señor doctor Emilio Grosnier, profesor de la escuela secundaria de medicina, perito de los tribunales de Lyon, no admite ni el hecho de un golpe violento en la nuca, ni la existencia de una conmoción. El pañuelo que ataba las piernas y que llevaba las iniciales de Armand como si hubiesen querido firmar su delito, la cuerda enrollada alrededor del cuello, y que se olvida de sujetar con un nudo; la disposición, el modo de atadura de los puños, (*diez vueltas al rededor del puño derecho con un nudo en cada vuelta, tres vueltas en el puño izquierdo con un nudo en una sola de esas vueltas*), la separación de 7 á 8 centímetros entre las dos manos reunidas tan solo por una pequeña cuerda de 6 milímetros de diámetro, todo aquel lujo de aparato ridiculo, y olvido de las precauciones mas esenciales, le hacen llegar á la conclusión de que aquel aparato escénico era mentira.

El testigo confirma la opinion de los doctores precedentes, oídos relativamente á los efectos de la estrangulación y de la simulación del mutismo.

A continuación de haber declarado, y á petición de la defensa, el doctor Grosnier procede en sí mismo á la atadura de las manos por la espalda del mismo modo que lo declaran los testigos, lo cual opera muy fácilmente y con rapidez.

El señor Presidente cree que debe nombrarse una comisión compuesta de los señores doctores Grosnier de Lyon, Algué de Montpellier, y Rimbaux de Aix, encargados de estudiar en la persona de Mauricio Roux la manera como tenía atados el cuello y las manos, cuya comisión se retira para proceder á las experiencias y preparar su relación.

El señor doctor Siro Prondi, profesor de la escuela secundaria de medicina, y cirujano de los hospitales de Marsella, el cual conoce al señor Armand desde hace diez y ocho años. Ante las contradicciones que ha creído ver en las contestaciones de los médicos y las declaraciones de la pretendida víctima, examinó el proceso, y ante él se refiere por completo y acepta de la manera mas absoluta lo expuesto por el señor doctor Tardieu. Volviendo sobre el hecho del mutismo, «desde el momento, añade, que Mauricio Roux pudo decir distintamente las palabras «no estoy peor», era la prueba de que tenía la facultad de pro-

nunciar frases mas largas; en el caso de que realmente hubiese estado afectado de mutismo, solo hubiera recobrado la palabra poco á poco, y no hubiera podido responder desde luego sino por monosílabos y de un modo poco inteligible.

Vuelve á ser llamado el interno Triadou. Las palabras «no estoy peor» las pronunció Roux á media voz: esta vuelta de la voz no le sorprendió de modo alguno, pues la estaba esperando.

El señor procurador general.—¿Os pareció que Roux estaba aquel día en estado de poner su mano sobre el corazón y sobre el muro como lo habria hecho cualquier otro día?

El testigo Triadou.—En todas mis visitas le encontré en un estado de inmovilidad completa, hasta para acostarle era necesario sostenerle como si fuese una masa inerte.

En el banco de la defensa.—¿Es que trata, por ventura, el señor procurador general de rehacer por completo la instrucción?

El señor Primer Presidente.—El señor juez de instrucción ha explicado perfectamente los hechos.

En el banco de la defensa.—Pero un hombre puede ó no puede levantarse.

El señor procurador general.—Puede hacer un esfuerzo estando en la cama para llevar la mano hasta el cuello; puede esforzarse para hacer signos, y bien es necesario que se procure comprender, que se traduzca lo que esos signos quieren decir.

El señor primer Presidente.—Hé aquí cual era el estado del enfermo. El testigo que estaba al lado suyo nos dice que su estado de inmovilidad é insensibilidad era tal que no hacia movimiento alguno. Era preciso moverle como si fuese una masa inerte: tales son las expresiones que ha empleado el testigo.

Interpelado por un jurado, el testigo Triadou declara que no habia interrogado al enfermo desde las tres y media, cuando á las nueve y media obtuvo la contestación «no estoy peor.»

Gingibre (Luis), jefe de química médica en la facultad de Montpellier. Vió al enfermo el 9 de Julio á las ocho de la mañana; caminaba hácia su curación aunque con lentitud, es cierto, pero los pronósticos eran favorables. El enfermo estaba molido, sintiendo

dolores generales y cree que aquellos dolores eran reales y no simulados. El testigo enumera en seguida las señales observadas en el enfermo é indicadas ya por los testigos.

La sesión siguiente tiene lugar en domingo.

Mistral (Juan), negociante de Montpellier. La víspera del suceso, es decir, el 6 de Julio, se presentó un individuo en su casa pretendiendo una plaza de cochero que creia estaba vacante. Ocupado en leer su correo le contestó, sin reparar en él, que no tenia en la casa colocación alguna que darle. No se informó, ni se acordó mas de aquel hombre, cuando el día 8 supo por el rumor público que aquel hombre era el mismo que se habia encontrado en el subterráneo del señor Armand.

Supo también el testigo que habiéndose dirigido Roux á su dependiente de almacén, y habiéndole preguntado éste porque dejaba la casa en que estaba, Roux le contestó: «porque es imposible, no hay medio de permanecer en esa casa. El señor Armand tiene un carácter muy violento y se enfada con mucha facilidad.»

Tal vez, añade el testigo, su dependiente le dijo que Roux habia añadido: *porque su casa es la de un pelgar*, pero como esta frase ha sido repetida por todo el mundo, esto hace que, aunque él lo hubiese declarado ante el juez de instrucción, el testigo no se atreva á afirmarlo de nuevo hoy día.

Roques (Bartolome), constructor de carruajes en Montpellier. El día anterior á aquel en que fué preso el señor Armand éste se presentó en su casa á las cuatro de la tarde y le preguntó por un carruaje cuya reparación le habia encargado. El señor Armand lo vió, y dijo: «está bien.» Hablaron despues del reciente viaje del señor Armand á Paris y de un carruaje ligero que queria comprar. Cuando el señor Armand iba á marcharse, le dijo el testigo: «Será necesario que se lleven el carruaje, enviadme vuestro criado y le daré hombres que le ayuden.»—«Mi criado, me respondió, no ha parecido por casa para poner la mesa al mediodía, pero cuando vuelva os lo enviaré.»

El señor primer Presidente.—¿No os dijo también que habia tenido una discusión con su criado?

R.—Me dijo: «Ayer noche le hice una observa-

cion sobre el modo como prestaba su servicio en casa y me contestó: «es verdad; he obrado mal, pero estad persuadido que cumpliré con mi deber.»

Bernier (José), dependiente de comercio del señor *Mistral*, confirma la declaracion de su amo y añade que *Mauricio* le dijo que buscaba colocacion en secreto, por lo que el testigo, que no conocia al señor *Armand*, no habló de aquellos á nadie ni aún á su amo antes de ser llamado por el señor juez de instruccion, que no le oyó sino despues que al señor *Mistral*.

El señor Lachaud.—Hay algo que no se concilia con las declaraciones escritas. Segun éstas, la proposicion su casa es la de un pelgar, la dijo primero el señor *Bernier*; ahora, por el contrario, la primera revelacion procede del señor *Mistral*.

Grillier (Pedro), comisario central de policia en *Montpeller*.—Llegado el 7 á cosa de las ocho y tres cuartos á la habitacion en que estaba *Mauricio Roux*, le pareció notar en el enfermo un principio de comprension. Trató de interrogarle: «¿Conoceis á vuestro asesino? le preguntó.—Sí, respondió *Roux* por medio de signos.—¿Me lo hareis conocer?—Sí.—¿Eran muchos?—No.»

Iba el testigo á continuar cuando el señor *Surdum* le dijo: «*Mauricio Roux* no tiene trasa de estar en la plenitud de sus facultades; aún queda un resto de congestion en el cerebro; es preciso retardar el interrogatorio;» el testigo se abstuvo de continuar; eran cerca de las nueve.

El señor procurador general llegó poco despues: hizo las mismas preguntas, obtuvo por signos las mismas contestaciones, y tuvo que dejarlo tambien por recomendacion del señor *Surdum*.

El testigo se retiró á la media noche; á las seis de la mañana supo que el señor *Dulousteau* habia conseguido de *Roux* á cosa de las dos de la noche la declaracion de que el señor *Armand* era su asesino. Quedóse maravillado al saber esto; á las nueve *Roux* confirmaba su declaracion delante del procurador imperial.

Recibió la órden de ir á buscar á *Armand* á quien encontró con su esposa. Corrió el señor *Armand* y cuando supo lo que de él se decia, dijo: «pero eso es imposible, eso es una broma,» á lo que el juez de

instruccion le contestó: «la justicia no se chancea, respondedme de un modo decoroso.»

Cuando *Roux* fué llevado al hospital el testigo hizo el inventario de sus efectos. La ciudad estaba llena de encontrados rumores; se decia que entre los efectos de *Roux* se encontraban pañuelos marcados *A. A.*, los cuales, sin duda alguna, habria robado; no habia pañuelos marcados sino con las iniciales *M. R.*

El testigo se encontró mezclado en el asunto de la señora *Marius*, la hermana de la portera. Segun él, salvo cincuenta personas á lo más, el sentimiento público en *Montpeller* era unánime para acusar, sin pruebas, es verdad, á la portera, de haber visto bajar al subterráneo al señor *Armand*.

El señor Julio Favre al testigo.—¿Me parece que no habeis interrogado á toda la ciudad?

R.—Era la opinion general.

El testigo continúa su declaracion en estos términos:

Traté de saber si este hecho era cierto y supe que la mujer *Marius*, hermana de la portera, se habia presentado en la portería y habia dicho á ésta: «Eres una bribona, una miserable: tú sabes perfectamente que me digistes que habias visto bajar á *Armand* al subterráneo; tú quieres deshonorar la familia pero yo no quiero perder mi alma, y si tú no quieres decir la verdad yo la diré.» La camarera de la señora *Armand* (la tia), fué la que oyó todo esto. Fuí, pues, á la calle de la *Chapelle-Neuve*, núm. 3, domicilio de la mujer *Marius*: la encontré sola y la dije: «Vos habeis dicho tal y tal cosa, decidme la verdad.» Aquella mujer no opuso dificultad alguna para contestarme: «No hubiese ido á vuestra casa, me dijo, pero ya que me interrogais os diré cuanto sé.»

Dijome entonces que un mes despues del suceso hablando con su hermana, la mujer *Cazes*, de la causa *Poujol* que acababa de ser juzgada en los *Assises*, la conversacion rodó hácia la causa *Armand*, y que la mujer *Cazes* habia dicho: «Lo mismo que yo: Yo ví bien como el señor *Armand* bajó al subterráneo cuando yo iba al mercado, pero no pude calcular lo que iba á suceder; si lo hubiese podido sospechar me hubiera quedado para prestar socorro.»

A la mañana siguiente la mujer *Marius* enviada

al despacho del comisario central persistió en su declaracion; afirmó de nuevo que cuanto habia dicho era verdad: formóse proceso verbal por el testigo el cual fué elevado á quien corresponde por la ley.

Llamó entonces el testigo á la cocinera ó camarera de la señora *Armand* (la tia), llamada aquella *Bourgade*, así como un señor *Filhou*, sombrerero. Este dijo saber por la mujer *Marius* que su hermana le habia revelado el haber visto bajar al subterráneo al señor *Armand*.

El testigo supo posteriormente (hacia tan solo ocho dias) que la *Cazes* iba con frecuencia á casa de una tal *Nougaret*. Fuí á ver á esta mujer acompañado de un agente, y la dijo: «Sé positivamente que la portera del señor *Armand* os ha dicho que vió bajar á éste al subterráneo.» La *Nougaret* contestó: «No puedo decir nada positivamente, pero os diré lo que sé; hace quince dias la criada del señor *Brousse* me dijo: «¿Os acordais que hace cinco ó seis meses la portera os dijo que habia visto bajar á *Armand* al subterráneo?—No me acuerdo.—¿Podriais declarar que la portera no os lo dijo?—No afirmo, pero no niego.»

Fuese el testigo á ver á la criada del señor *Brousse*, pero ésta diciendo que estaba muy ocupada no quiso contestarle, y se volvió á su cocina diciendole que no sabia nada; sin embargo, el testigo supo por buen conducto y despues por una carta, que la criada del señor *Brousse* estaba dispuesta á declarar. Escribió al señor juez de instruccion quien comunicó su carta al señor procurador general.

Interpelado por el señor *Lisbonne*, el testigo no puede afirmar si la mujer *Marius* le dijo que la mujer *Cazes* habia visto bajar á *Armand*, ó á *Armand* y *Mauricio Roux*. *El defensor* lee entonces el proceso verbal al testigo, del cual resulta que la mujer *Cazes* habria dicho en confianza á su hermana que en el momento en que iba al mercado «habia visto perfectamente como bajaban el criado y *Armand*.» Pues bien, añade el defensor; *Mauricio Roux* afirmó en su interrogatorio del 9 de Julio que la portera no estaba en la portería cuando él bajó al subterráneo.

El señor primer Presidente reconoce la exactitud del hecho consignado por la defensa; pero añade que era posible que ella digera que habia visto bajar á *Mauricio Roux*.

TOMO II.

El señor comisario central, invitado por la defensa, declara que el proceso *Poujol*, fué juzgado un mes despues de que empezase el proceso *Armand*; que fué el 9 de Diciembre por la noche cuando fué á casa de la mujer *Marius*, y que la disputa entre ella y la portera tuvo lugar el viernes antes de su visita.

El señor Julio Favre.—Ruego á los señores jurados se acuerden de estas dos fechas, Agosto 1863, época en que fué juzgado el proceso *Poujol*, confidencia de la portera á su hermana, y Diciembre de 1863, disputa entre las dos hermanas.

El señor primer Presidente por su parte deja consignadas tambien estas fechas.

Interpelado por un Jurado reconoce el testigo haber rogado al director del teatro que diese á *Mauricio Roux* entradas gratuitas. Le vió una noche en la platea, cuando estaba convaleciente despues del segundo ateniado; le causó lástima y obtuvo del director el favor de que se ha hablado. Fué una gracia puramente personal, que debió *Roux* al interés que inspiraba su desgraciada posicion.

A peticion de otro Jurado declara el testigo que sabe todo cuanto pasó el 17 de Noviembre, pues fué uno de los primeros que acudió. Practicó cuantas investigaciones pudo con el objeto de averiguar quien era el asesino, pero todas fueron infructuosas.

Por último, á peticion del señor procurador general, el testigo cuenta que fué encargado de medir la distancia que separaba los hierros que formaban la reja del subterráneo. Trató con *Malzac* de tirar una llave á través de esa reja y no pudo hacerla pasar, por mas que la cosa no tenga nada de imposible.

Filipina Mastiu, mujer de *Marius*, cocinera en *Montpeller*.—Su hermana, la mujer *Cazes*, portera de la señora *Armand* (tia), le dijo que habia visto bajar al señor *Armand* al subterráneo.

El señor Presidente.—¿Cuando os dijo eso?

R.—No lo sé. Continuando: como despues su hermana, habia negado este hecho, fué ella á reconvenirla y á invitarla por el honor de la familia á que digera la verdad. Tuvieron una riña bastante acalorada, pero á pesar de sus reconveniones su hermana se empeñó en negar, diciendo: «yo me f.... del mundo, si álguien tiene algo que decirme que se dirija á mí.»

La testigo contó todo lo que había pasado al sombrero Filou, cuando la llevó, para que lo arreglase, un sombrero de su marido.

El señor Presidente excita á la testigo para que diga la verdad, y esta mantiene su afirmacion, declarando que su hermana no le había hablado de haber visto bajar á Roux al subterráneo; le dijo tan solo que había visto bajar á Armand el día del suceso, sin precisar la hora.

Interpelada por el señor Julio Favre sobre la época en que tuvo lugar esta conversacion, dijo que no la recordaba.

Maria Caze, por nupcias Cazes, portera de la casa del señor Armand.—En la noche del 7 de Julio cuando aquel jóven fué encontrado en el subterráneo, el comisario de policía la hizo subir al salon de Armand y le preguntó si había dejado sola la casa por la mañana. Respondióle que se había levantado á las ocho y cuarto; que había ido á buscar café y despues á la fuente con su hijo para buscar agua; que estuvo ausente un cuarto de hora y solo vió á una mujer que había preguntado por Mauricio Roux; no había visto bajar al subterráneo á persona alguna extraña á la casa. A las nueve vió á la señora Armand (la tia) que bajaba; despues al señor Euzet; despues un criado del señor Estignié, y por último, los dependientes del almacen que permanecieron allí todo el día. Al día siguiente, cuando la testigo estaba en el subterráneo para alumbrar, se la dijo que fuese al Palacio de justicia para ver al juez de instruccion en su despacho; fué en seguida, comió y fué la primera á quien oyó el magistrado; repitió su declaracion de la vispera: preguntada si había visto bajar á Armand al subterráneo, contestó negativamente, añadiendo que no lo había visto en todo el día.

Preguntada por el señor Presidente la testigo confirma esta declaracion; solo vió á Armand por la noche en el boulevard con sus amigos. Niega haber dicho á su hermana que había visto como Armand bajaba al subterráneo, y sostiene no haber tenido con la mujer Marius conversacion alguna sobre este punto. Tan solo la dijo un día: «No sé como pudo suceder esto, vi como la señora Armand bajó, pero no he visto bajar en todo el día al señor Armand.» Aque-

lla fué mas tarde á buscarla á su casa, y le dijo: «Se pretende que tu vistes bajar á Armand al subterráneo,» á lo que ella respondió: «que cada uno diga lo que mejor le parezca, yo tan solo diré la verdad.»

El señor Presidente.—Pero el rumor de esa afirmacion corrió por toda la ciudad.

El señor Julio Favre.—Eso es una historia parecida á la de haberse encontrado cabezas de niños en el jardin.

Vuelve á ser llamada la mujer Marius y mantiene la exactitud de su declaracion.

La mujer Cazes.—Podeis fiaros de mí, señor Presidente; digo la verdad, desde el primer momento dije al comisario de policía las personas que habían bajado al subterráneo.

El señor Presidente pregunta á la testigo que interés puede tener la mujer Marius para no decir la verdad.

La mujer Cazes contesta que su hermana solo pensaba en causarla perjuicios, y para ello andaba publicando que era una bastarda.

El señor Presidente.—¿Reconoceis, al menos, que fué á vuestra casa?

R.—Estábamos reñidas; si fué á verme no fué para que hiciésemos las paces, sino para armar todo este embrollo. Si no hubiese sido débil en recibirla hubiera vivido tranquila como vivo en el día.

P.—¿Es decir, que miente vuestra hermana?

R.—Sí, señor; miente para causarme perjuicio.

P.—Si una de las dos sois testigo falso la mando prender en seguida.

R.—Prendereis á quien mejor os parezca, pero yo digo la verdad y la diré hasta la muerte.

La mujer Marius.—¡Me lo dijo; me lo dijo!

El señor Presidente (á la mujer Cazes).—¿Lo oís? ¿Que interés puede tener en sostener semejante cosa?

R.—Es por venganza.

P.—No digisteis á alguien «por mi fé que sé perfectamente lo que pasó; si yo tuviese 100,000 francos como fué el señor Armand el que dió el golpe no tendria necesidad de ganarme el pan.»

R.—Lo que yo dije fué que no queria estar en la posicion del señor Armand por 100,000 francos, pero en cuanto á decir que el señor Armand dió el golpe yo no dije tal cosa.

P.—¿Digisteis eso?

R.—Sí que lo dije, pues es cosa bien terrible para un hombre que es inocente.

El señor Julio Favre.—Hé aquí como se desfiguraban las palabras.

A peticion de un jurado la testigo declara de nuevo que indicó al juez de instruccion y al comisario de policía tan pronto como ocurrió el suceso, que personas habían bajado al subterráneo.

Vuelve á ser llamado el señor Bayssade, comisario de policía, y afirma no haber preguntado otra cosa á la mujer Cazes que esto: «Si había visto ir á la casa personas extrañas á ella,» y que solo la habló de la mujer de Alais, que había ido á preguntar por Mauricio Roux.

La mujer Cazes sostiene que dijo al comisario de policía que el subterráneo había estado lleno de gente todo el día, pero como Armand hablaba al mismo tiempo, tal vez el comisario no prestó gran atencion á lo que ella decia.

El señor Julio Favre.—Si esta mujer hubiera visto bajar á su amo, lo hubiera dicho sin temor de perjudicarlo, tanto más, cuanto, como ha dicho el señor comisario, nadie en aquel momento soñaba en acusar á Armand.

El señor primer Presidente vuelve sobre la riña que tuvo lugar entre la mujer Marius y la mujer Cazes en Diciembre último, con motivo de la afirmacion hecha por la primera y negada por la segunda. La mujer Cazes repite lo que había dicho ya sobre el particular; que no había dicho á su hermana lo que esta quiere suponer.

La mujer Marius.—Sí, que me lo dijo.

La mujer Cazes (en patois).—¡Vaya un tupé!

Filhou (Adolfo), sombrerero en Montpellier.—En los primeros días de Diciembre y con ocasion de que la llevaba un sombrero para componer, dijo el testigo á la mujer Marius: «Vuestra hermana es la portera de la casa del señor Armand; debéis estar enterada del suceso. No me habéis, le contestó: mi hermana vió bajar al subterráneo al señor Armand y despues le vió subir.

El señor primer Presidente.—¿Segun eso, fuisteis vos el que la preguntasteis?

R.—Sí; yo estaba trabajando y no dí gran importancia á sus palabras.

P.—¿En vuestra declaracion escrita parece que no digisteis que lo había visto subir?

R.—No sé; no me acuerdo bien.

El señor Lachaud.—¡La bola de nieve! cada uno le añade un poquito de su cosecha y luego resulta una cosa piramidal lo que en un principio no era nada!

Marius (Francisco), carpintero en Montpellier.—Afirma que su mujer dice la verdad, á pesar de que no le habló del suceso hasta que estuvo citada para presentarse á declarar.

Fenouil (Emilio), jefe de caminos del Herault.—Hace tres años tuvo como criada durante nueve meses á la mujer Marius. Despues que ésta se casó la esposa del testigo la había empleado como auxiliar. El testigo afirma la moralidad y honradez de la mujer Marius como criada, y la considera incapaz de mentir.

Giraud (Julio), empleado en el Palacio de Justicia de Montpellier.—A fines de Setiembre habitaba la misma casa que la mujer Fesquet, cuñada de la portera del señor Armand. En una conversacion tenida á propósito del proceso Armand, la mujer Fesquet dijo delante de él, y repitiendo en alta voz lo que se murmuraba en voz baja entre el público: «Si fuese un pobre seria condenado, pero como es un hombre rico saldrá absuelto... se dice que mi cuñada está presa porque no quiere decir la verdad,» y añadió: «El día en que se encontró al criado en el subterráneo, mi cuñada vió á Armand bajar por la mañana á las ocho y media; cosa que la maravilló pues de ordinario se levantaba mas tarde. Creyó que se iria al campo, porque llevaba un abrigo en el brazo.»

El testigo no se acuerda si la mujer Fesquet dijo que todo esto lo sabía por su cuñada, ó si era que lo había oido decir en público. La suegra de la mujer Fesquet se mezcló en la conversacion y dijo: «¿Qué estás diciendo de tu cuñada? Bien sabes que con dinero se la hará decir cuanto se quiera.»

El señor primer Presidente.—Hé aquí, señores jurados, la opinion de la suegra de la mujer Fesquet sobre la portera, que podéis poner al lado de la que tiene formada el señor Fenouil sobre la mujer Marius.

El señor Lachaud.—Tenemos que hacer una observacion, y es que las dos hermanas han pleiteado